

SÉPTIMO TRIMESTRE. 15 de febrero 1839.

CAPILLADA 118. (66 DE MADRID.)

FR. GERUNDIO.

Si quis sive religiosus sive politicus Zoilus dixerit in prima capillada quadragesimali non debere loqui Fr. Gerundium de carnavalesquis postrimeriis, anathema sit.

Si algun Zoilo religioso ó político digere que no debe Fr. Gerundio hablar de las postrimerias carnavalescas en la primer capillada de cuaresma, le privo de comer carnes saludables, huevos y lacticinios.

CONC. 4. GER. CAN. 14.

MASCARADAS.

¡Jesus que gana tenia ya de que el carnaval del año 39 perteneciera á la historia! Ha sido mucho carnaval este para un Fr. Gerundio solo. Tanto era lo que en todas partes se ofrecia al

ojo observador gerundiano, que para dar razon de lo que en Madrid en estos dias pasaba era necesario ser *ubiquista* (1), propiedad exclusiva y solidaria de Dios, ó sea prerrogativa de su corona. Y ya que esta me faltase, en vista de los diferentes puntos en que era reclamada mi presencia gerundiana, acaso mientras el gobierno segun malas lenguas proyectaba poner cortapisas á la prensa, yo estaba meditando un medio de poder imprimirme en cuerpo y alma, y hacer una edicion de mi persona en tantos ejemplares cuantos eran los puntos en que habia algo que observar. Privado tambien de este recurso por el atraso en que se halla todavia en el mundo el arte tipográfico, no me quedaba otro sino el vulgar y plebeyo de asistir primero á una parte y dejar aquella si queria trasladarme á otra. Pero interpelado sin intermision donde quiera que me personaba, porque no parecia sino que Fr. Gerundio era el ministerio de las concurrencias del carnaval; prolongadas inconsiderablemente las sesiones de máscara, absorbianme éstas lo mas precioso del tiempo, distrahianme de las atenciones mas urgentes, y ni aun siquiera me quedaba lugar para escribir

(1) Voz facultativa que denota la cualidad de poder estar en todas ó en muchas partes á un tiempo.

mis capilladas ordinarias. Si hubiera habido una constitucion de máscaras, y en ella un artículo 26 que dijese: «Las máscaras se reúnen todos los años. Corresponde á Fr. Gerundio convocarlas, suspender y cerrar, ó bien disolver los bailes de ellas;» no me hubiera contentado con suspenderlas; las hubiera disuelto, aunque no fuese sino por evitar la nota de que llevaba miras de atacar la institucion. Lo que de ningun modo hubiera hecho sería decir á las máscaras que las suspendia con el objeto de que fuesen á reanimar el espíritu de sus familias, porque ellas y las familias se hubieran reído de mi, y con razon.

Pero como para nada de esto me hallaba yo facultado, no tuve remedio sino aguardar á que terminase por su natural periodo la legislatura del carnaval: y concluida que fue, soñolientos los ojos, quebrantado el cuerpo, molidos los ambulatorios, perezosa la mano, mal cortada la pluma, y lánguida y desmadejada toda mi humanidad reverenda, no hubo remedio sino ponerme á escribir esta capillada, limitándome solo á describir las postrimerías del carnaval en la corte de España. Hablaré solo del último dia.

El martes de carnaval en Madrid solo es comparable al martes de carnaval en Madrid.

:

En aquella tarde el Prado no parecía ya paseo, sino pradera viciosa y lozana en que brotaban personas en lugar de yerbas. Reunidas todas las clases altas y bajas de la población, aquellas en su traje natural y estas á su modo disfrazadas, no habia capricho ni rareza que allí no se ofreciese al observador curioso y atento. La primera, y acaso la mayor de todas las rarezas que nos llamaron la atención á Tirabeque y á mí tan pronto como entramos en el paseo, fue Galiano leyendo el *Guirigay*. Solo en un martes de carnaval le podia haber ocurrido á Galiano la idea de ir leyendo el *Guirigay* por el prado. El miércoles ya no hubiera podido hacerlo sin pecar, ó á lo menos sin hula para poder promiscuar, porque Galiano y el periódico *Guirigay* son como si dijésemos carne y pescado en dias de escepcion, que no pueden mezclarse sin privilegio esclusivo.

Entretenido estaba, yo Fr. Gerundio, en observar las gesticulaciones de la cara de Galiano, cuando asomó la mascarada que representaba la corte selvática del pretendiente. Componíase esta de su Magestad aspirante, de la princesa de Beira, el príncipe de Asturias, el P. Cirilo, el obispo Abarca, el P. Lárraga, el Excmo. Sr. conde de Morella y otros varios personajes

pertenecientes á la corte de D. Carlos, todos montados en pollinos, escepto algun otro general que iba á caballo, abriéndose paso por entre la inmensa muchedumbre. La música que acompañaba á la regia comitiva se componia tambien de enmascarados. Las jentes se agolpaban con afan en derredor de la burlesca comparsa con el mismo gusto, con la misma alegría y satisfacción que si aquello no existiese sino en mascarada. Solo Tirabeque me decia de cuando en cuando: «Señor, si será verdad esto algun dia?» A este tiempo pasaba por frente á nosotros la Reina Doña Isabel II acompañada de la inocente princesa su hermana. El contraste no podia ser mas singular. Y como Tirabeque viese cerca de nosotros algunos diputados de los que el gobierno ha enviado á reanimar el espíritu público de las provincias, no hacia mas que darme de codo y decirme: «Señor, señor, mire vd. estos.» — ¿Y qué? qué tienen estos de particular? — ¿No ve vd. qué serenos están, señor? — Pues que han de hacer mas que estar serenos, hombre? — ¿Y estos son los que han de reanimar el espíritu de las provincias, señor? — ¿Y porqué no? — Señor, ¿vd. no ve con qué serenidad están mirando á nuestra Reina y á D. Carlos aquí tan cerca uno de otro? — ¿Pero no ves

que esto es todo farsa, tonto?—Y si fuese verdad algun dia ¿se alterarian mas, señor?—Todo te vuelves pensar en algun dia, hombre. Aqui nadie piensa ahora mas que en el dia de hoy.

En esto se me ofreció sonarme; eché mano al bolsillo en busca del pañuelo, y el pañuelo ya no existia en el bolsillo gerundiano.—Tirabeque, me han soplado el pañuelo.—Señor, algun muchacho ministerial ha sido.—¿Y por qué ha de ser ministerial?—Porque parece que entiende de cobrar contribuciones sin autorizacion de las Córtes.—Me reí de la ocurrencia de Pelerin; miré al rededor y nadie vi ya que me diera esperanzas de recobrar mi prenda.—Señor, me dijo de repente Tirabeque: ya sé yo donde podrá estar el pícaro que le ha robado: Venga vd. conmigo.—¿A dónde me llevas, hombre?—Aqui á París (1).—Eso es; con que justamente es el sitio por donde pasean las jentes de clase, y como es de suponer de mas educacion, y se ha de haber ido ahi el pillastro que me llevó el pañuelo! Vaya que tienes un discurso...!—Señor, como he oido decir muchas veces que los que roban aqui en España se van

(1) París se llama una de las calles del paseo del Prado de Madrid, por donde suelen pasear los mas y las mas elegantes.

despues á París....—Calla, lengua de vívora, que todavia me has de comprometer con tus equivocaciones y malas inteligencias.

Infinidad de máscaras se cruzaban de un lado á otro: numerosas comparsas de figurones iban y venian: mil visiones y espantajos subian y bajaban. Y como todos los enmascarados eran de la clase ordinaria ó del pueblo, veíanse tales adefesios y tales rarezas, que divertian por lo ridículo y extravagante.—Jesus, señor, qué fantasmones vienen aqui! Pero una cosa reparo, señor; que no se meten con nadie ni dicen una mala palabra que pueda ofender.—Efectivamente que no.—Pues déjeme vd. decir un recado al oido alli á cierta persona.—¿A dónde vas, hombre?—A decírselo á Martinez de la Rosa que va ahi adelante.—¿Estás loco? Vamos, vuélvete aqui al instante. ¿Qué diablos tenias tu que decir á Martinez de la Rosa, atrevido?—Señor, le iba á decir que no tuviera cuidado, que no matan.—¿Quiénes no matan?—Estas fantasmas, señor. Como tiene tanto miedo á las fantasmas....

Admirable es en efecto el ejemplo de sensatez y cordura que daba el pueblo de Madrid en la tarde del martes, y es justo que Fr. Gerundio le dé este testimonio de reconocimiento,

De treinta á cuarenta mil almas sin duda alguna habria aquella tarde agrupadas por toda la estension de Atocha, el Prado y calle de Alcalá; confundidas todas las clases y los hombres de todos los partidos; en unas circunstancias en que las opiniones políticas estan en pugna abierta; la España ardiendo en una guerra civil; el pueblo bajo entregado á sí mismo, usando de la libertad que dan el disfraz y la careta; en un dia en que hasta los escesos parece se hacen disimulables; sin una sola bayoneta destinada á mantener el orden; ni un solo desman, ni un solo insulto se advirtió siquiera; ni la mas pequeña accion ocurrió que turbára el universal regocijo. Y á este pueblo que asi sabe usar de la libertad, se le quiere negar la libertad. Este pueblo merece bien ser libre. Una Reina niña paseando por entre una muchedumbre inmensa, gran parte de ella enmascarada, cuando un príncipe ambicioso la está disputando con las armas la corona, sin que á un solo habitante de la capital le asaltase siquiera la idea de que su Reina inocente pudiese correr el mas remoto peligro, es espectáculo que en el dia quizá solo le ofrece el sensato pueblo español. Buen provecho le haga á Luis Felipe su coche sorrado de tres planchas de metal, su

numerosa escolta y sus temores. La Reina de España marcha tranquila en carretela abierta por entre su pueblo, porque su pueblo la ama. Ejemplo admirable á príncipes y pueblos, y respuesta sublime para los que califican á los españoles de rudos, incivilizados é indignos de ser libres. Si D. Cárlos lo hubiera visto, debiera haberse muerto de vergüenza.

Presentóse luego otra mascarada que representaba las herrerías de Vulcano. El Dios marchaba sentado en un carro precedido de una porcion de cíclopes con sus martillos de hierro en la mano, y sus llamas figuradas en la frente. Los fuelles y demas utensilios de fragua iban tambien conducidos sobre ruedas, y seguidos de una música, algo mas armoniosa que las consonancias que el filósofo de las armonías hallaba en el desapaeible sonido de los martillos de un herrero.

Como ahora la malicia en todo cree ver alusiones políticas, yo me divertia en oír las significaciones que por allí se daban á aquella inocente alegoría. Habia hombre que se figuraba que los cíclopes representaban los ministros, y que los mazos eran los decretos con que nos iban á forjar las cadenas que sospechanos^s estan preparando, y no les faltaba ya mas que

designar quién de los ministros era Polifemo, quién Pirracmon, y quién Esterope. Aun en el semblante tostado y adusto del dios de los rayos creían reconocer el de otro ministro, que al revés de Vulcano que trabajaba en los hornos de Liparis y de Lemnos, y en el corazón del Etna, los rayos de que había de proveer á Júpiter; éste, decían ellos, maneja los que Júpiter le envía trabajados en las fraguas de Logroño, Haro y Villarcayo. Por estas respiraciones conocí que aquellos hermanos eran de la mayoría de las suspensas.

A otros les oía discurrir en sentido diametralmente opuesto. En Vulcano creían reconocer á Luis Felipe; en los cíclopes á los jovellanistas, y las fraguas decían que significaban los clubs en que se fabrican las esposas y argollas de la transacion y los protocolos. De esta manera de esplicarse inferí que serían de la minoría de las cerradas. Yo me reía de tales y tan opuestas aplicaciones; pero al mismo tiempo conocia que la marcha incierta y misteriosa del gobierno estaba dando lugar á unas conjeturas y unas desconfianzas que podrán sernos muy funestas.

Entretanto, en la plaza de Toros, despues de bailotear otra porcion de máscaras las man-

chegas, el fandango y la aragonesa, tocadas alternativamente por las músicas del sexto y séptimo batallón de la Milicia, se elevaba un globo aerostático. Tirabeque le miraba con la boca abierta, y según subía me decía él: «Jesús, Señor, qué modo de subir! No puede menos que vaya dentro Hompanera según el vuelo que ha tomado en poco tiempo: si no hace nada que estaba aquí abajo.»—En seguida se permitió la subida á dos cucañas, de cuyos extremos pendían unos bolsillos con dinero y un jamón de la una y una sarta de chorizos de la otra. Los muchachos trepaban por el palo arriba con una afición sin límites: no lo estrañé, porque la gran habilidad de este mundo está en encontrar una cucaña: que la cucaña se llame ministerio, que se llame dirección, que se llame faja, que se llame jamón y chorizos, es cuestión de nombre; cucaña es todo. La ganaron, los que ganan todas las cucañas, los más diestros en trepar; y bajaron, como bajan todos los ministros, resbalando muy suavemente por el palo abajo, cayendo de pie sin llevar golpe, y con el dinero en una mano y los chorizos en la otra.

Llegó la noche, ó por mejor decir, reemplazó al día natural el día artificial, porque los martes de carnaval en Madrid no tienen noche; y sorprendió á la mitad de la población en los salones de máscaras el escuálido y tétrico

MIÉRCOLES DE CENIZA.

Si, amados oyentes míos; el escuálido y ma-

cilento *miércoles de ceniza*. Ese día blanco en que dicen los persas fue criada la luz, y en que por esa razón daban principio á todo trabajo y ocupación literaria. ¡Ah! A la ocupación del sueño dísteis principio vosotros: no estais vosotros malos persas, amados oyentes míos: las persianas de mi celda abrí yo á las nueve de la mañana, y todavía os ví venir de hácia Villahermosa escuálidos y macilentos como el miércoles; ó por valerme de la espresión de un gran padre de la iglesia (1), vosotros érais los verdaderos miércoles, que lo demás para vosotros el miércoles era todavía martes. Desde aquella hora, oyentes míos, fué para vosotros el miércoles un día negro; fué como el último miércoles del mes de Sephar para los persas antes nombrados, porque cerrásteis ventanas y balcones; y os echásteis á dormir á pierna suelta, mientras Fr. Gerundio soñoliento daba principio á su capillada.

Llegó, amados míos, ese miércoles, ese día que hasta los Chingulayos consagraban á las ceremonias religiosas. ¿A qué ceremonias religiosas le habeis consagrado vosotros? ¡Ah! No estais vosotros malos chingulayos, hermanos míos. ¿Habeis visitado por ventura algunas urnas cinerarias, como hacian los griegos y romanos en días semejantes á este miércoles? ¡Ah! La cama sería la urna cineraria que visitárais vosotros tan luego como llegárais á vuestras casas. ¿Habeis comido pan con ceniza en demostración de las calamidades públicas que nos

(1) Esta es una solemne mentira: aquí no hay más padre que yo FR. GERUNDIO.

cercan, como acostumbraban los pueblos mas antiguos del mundo cuando les affligian males semejantes á los nuestros? ¡Ah! Tostadas con manteca empapadas en té con leche sería el pan con ceniza que manducárais vosotros, hermanos míos muy amados, luego que á casa llegásteis. ¿Os habeis puesto siquiera un polvo de ceniza en la frente segun práctica mandada observar en el concilio de Benevento en el siglo once en señal de penitencia? ¡Ah hermanos míos! Toda la mañana os estuve esperando en la iglesia; pero ¡oh desconsuelo! Nadie compareció sino alguna otra arrugada beata, ó algun otro anciano sin cabello. Se acabó el tiempo en que los sacerdotes poníamos la ceniza á todo el mundo. Otros son hoy los encargados de ponérsela á todos, amados oyentes míos. Esos concilios llamados *conferencias* ¿en qué os parece han de pensar luego que pongan la ceniza á los belgas y á los holandeses sino en ponérsela á nosotros los españoles? *Memento, homo, quia hispanus es*: acordáos, hermanos, que sois españoles, y no os dejéis poner la ceniza de extranjeros. *Memento, Espartere, quia Esparterus es*: acuérdate, hermano Baldome-ro, de quién eres, y no permitas que esos 20 batallones y esos 12 escuadrones que están dispuestos á visitarnos en marzo nos hagan de la pascua miércoles de ceniza.

¿Pero qué es esto? ¿Qué significan esos enmascarados que van en la tarde del miércoles camino del Canal? ¿Qué significa esa muchedumbre de jentes que marcha en la misma dirección? ¿Es posible que el carnaval de Ma-

drid dure aun todo el dia del miércoles de ceniza? ¿Es cosa que ha de ser siempre carnaval en Madrid?—Es la mascarada, me responde una voz, que va á hacer el entierro de la sardina en la pradera del Canal.—Bien, hijos de mi vida, bien: divertíos en enterrar la sardina; pero cuidado no tengais que asistir luego al entierro de otra que no es sardina. Y por ahora ayudadme á implorar los auxilios de la divina gracia poniendo por intercesora á la Virgen Santísima y saludándola con el angel: *Ave Maria*.

Yo corto sermones con la misma facilidad que el gobierno corta cortes, sin perjuicio de anudar el presente *tan pronto como lo permitan las causas que me han movido á suspenderle*.

LOS PROTESTANTES Y EL ESPOSO.

Señor, ¿me admite vd. una protesta?—De modo que haces unas preguntas tan aisladas, Pelegrin, que no es fácil darte desde luego una contestación categórica. Y sobre todo, ¿sabes tu lo que es ser protestante?—Señor, los protestantes llamo yo á los de la plazuela de la Leña.—Amigo, de esos protestantes no tengo yo noticia. Yo no conozco mas protestantes que los que profesan alguna de las sectas de la religion cristiana reformada.—No señor, no son esos: los que yo digo son diputados y senadores de los cerrados, pero de aquellos mas cerrados que hay, los cuales decian que se andaban reuniendo en una casa de la plazuela de la Leña

y otros sitios para hacer una protesta contra la cerradura de las Córtes.—Pues mira, déjame de esos protestantes, que yo no soy ningún Bosuet para convertirlos, y dime qué protesta es la tuya.—Señor, ¿se acuerda vd. bien que todavía no hace los nueve meses completos que estamos en Madrid?—Así es cabalmente.—Pues entonces si le presento á vd. una criatura, no tendrá vd. que decir que es mia; y esa es la protesta que hago.—Y bien; ¿qué quieres decir con eso?—Ahora lo verá vd. ¿vd. me admite la protesta?—Por admitida, hombre.

Salió pues mi Tirabeque, y pasmado me quedé cuando le ví entrar de allí á poco con un niño en los brazos.—¿Qué es eso, Pelegrin? ¿De dónde te ha venido ese chisme?—La pobre criaturita lloraba á lágrima viva, y Tirabeque le acariciaba diciendo: «calla tu, pobrecito, calla, que mi amo volverá por tí.» Mucho hubiera dado porque vds. hubiesen visto lo airoso que estaba Tirabeque con el niño en los brazos. «Pero bien, le dije; ¿dónde te has hecho con eso, y á qué le trahes aquí? ¿Es tuyo acaso?—Señor, ¿no protesté con tiempo? ¿O quiere vd. tentarme la paciencia? Es de la inclusa, Señor.—Vaya, ciertos son los toros. Como que se dá un aire á tí, Pelegrin: los ojos todos son atirabecados.—Señor, eche bien lá cuenta de los meses y no me sofoque más. Pues no me alegraba yo poco que esto sucediese ahora.—Vaya, pues si no quieres hacerte sospechoso, aclárame el misterio.—Mire vd., Señor. Este niño le llevaba á la inclusa un ama de cria con ánimo de dejarle allí, porque ya no le quie-

re criar mas ; y no quiere criarle mas , porque dice que hace año y medio que no la pagan : y lo mismo dice que hacen otras muchas amas ; de modo que las infelices criaturas , como que no tienen quien las crie se mueren de miseria todos los dias á docenas . Me dijo tambien que la junta de señoras que dirige y cuida eso del hospicio habia dado orden para que se diese una paga á las amas y demas dependientes de la casa ; pero que el tesorero se cuidaba poco de cumplir esa orden . Y me contó otras muchas lástimas de la casa de espósitos . Con que yo dije : déjeme vd. el niño , se lo voy á llevar al amo , para que viéndole pueda dar mejor una capillada al gobierno que en tal estado tiene los hospicios . Calla , hijo , calla , que ya el amo vá á dar una buena capillada .—Que me place esa filantropía , Pelegrin . Ya llamaré yo seriamente la atención del gobierno , no solo sobre el lamentable estado de la casa de espósitos de esta corte , sino de otras muchas del reino que desgraciadamente se hallan en el mismo caso . Y por ahora lleva esa criatura á la misma persona de quien la tomaste , y consuélala en mi nombre con lo que te acabo de decir . Pero mira no seas parte interesada .—Señor , le protesto de nuevo.....y sinó eche bien la cuenta...—Vaya , anda con Dios , anda con Dios .

Imprenta de D. F. de P. Mellado, Editor.